

aplica uno exclusivamente á los ejercicios de la religion, esforzándose en adelantar en la perfeccion con la práctica de los consejos evangélicos.

Tal es el principio de la profesion monástica y el que ha hecho llamar *monges*, esto es, solos ó singulares, á los que la han abrazado. Parece que no se les ha llamado así precisamente porque habitaban solos en los desiertos, sino á causa de la singularidad de su vida; y en este sentido parece que lo entendió Graciano cuando, citando un canon del concilio de Nicea, dice: « La vida de los « monges debe ser diferente de la de los otros cristianos, como lo « indica su nombre, puesto que *monge*, en griego, es lo mismo que « *singular* en latin; » Y el autor de la *Jerarquía eclesiástica* dice que los monges son llamados así á causa de la singularidad de su vida.

En el mismo sentido, puede llamarse á la naciente Iglesia de Jerusalem del tiempo de los Apóstoles, un cuerpo ó una comunidad de monges, puesto que allí se seguían fielmente los consejos evangélicos, sobre todo en lo tocante á la comunidad de bienes; lo que hizo decir á San Basilio, á San Juan Crisostomo y á Casiano, que la disciplina de los Cenobitas empezó en tiempo de los Apóstoles y que los monges no vivían diferentemente de lo que vivían los primeros fieles de Jerusalem.

Así que, el estado monástico, considerado como una profesion expresa de los consejos evangélicos, tiene por fundador á Jesucristo, por modelos á los Apóstoles y á los primeros fieles, y de ellos han tomado la regla en todos tiempos los que han ido abrazando esta institucion. Entendiéndolo así, no es difícil probar que ha habido una sucesion de monges desde los apóstoles hasta San Antonio, porque no puede dudarse que haya habido siempre en la Iglesia fervorosos cristianos de uno y otro sexo, que han hecho una particular profesion de practicar los consejos de Jesucristo. Pero no todos consideran de este modo el estado monastico, y se llama propiamente monges á los que se han retirado de las poblaciones para entregarse completamente, y lejos del trato de los

hombres, á los ejercicios de piedad, ya sea formando un cuerpo de comunidad en calidad de cenobitas, ya solos ó dos, ó tres juntos en calidad de eremitas y anacoretas.

Los autores están muy divididos sobre el origen del estado monástico tomado en este sentido riguroso. Los unos pretenden que se reconozca una sucesion de monges desde los apóstoles hasta San Pablo ermitaño y San Antonio el Grande; los otros, por el contrario, sostienen que San Pablo fué el primero que habitó solo en el desierto, que San Antonio es el primer Padre de los solitarios y San Pacomio el fundador de los cenobitas.

Casiano se declara abiertamente por la primera opinion en la conferencia 18ª (Collat. 18. c. 5) en la que, haciendo hablar al abad Piammon, establece como una cosa segura que la vida cenobitica ha precedido á la de los anacoretas (Véase tambien Biv. de vet. mon. 12.); que aquella comenzó con los Apóstoles; que era el estado de los primeros fieles de Jerusalem, y que toda la Iglesia estaba entonces compuesta de personas que vivían en comun de tal manera, que de los monasterios que despues se fundaron, pocos se les parecían.

« Pero, añade él, despues de la muerte de los Apóstoles, empezando á relajarse los fieles, los que conservaban todavia el fervor que estos jefes de la Iglesia habian iniciado y que se acordaban de lo que habian visto practicar, salieron de las poblaciones y se retiraron en lugares apartados; y luego alejándose más poco á poco de la conversacion de los otros fieles, recibieron el nombre de monjes y solitarios, y su union hizo despues que se les llamara cenobitas. De este tronco, fecundo en tantos santos, salieron en seguida los anacoretas, cuyos principales fundadores fueron San Pablo y San Antonio. »

Los que siguieron la opinion de Casiano, citan por primer ejemplo á los Esenios ó Terapeutas, de los cuales habla Filon en su libro *de la Vida contemplativa*, que florecían en tiempos de San Marcos por los alrededores de Alejandria. En efecto, lo que de ellos dice parece convenir á verdaderos monges, como ha po-

dido verse por el resumen que de los mismos hicimos antes.

Despues de los Terapeutas, se menciona á muchos santos y santas de los tres primeros siglos, de quienes se cree que profesaron la vida monástica (Bult. Hist. mon. de or. lib. 1. c. 2. — Biv. 1. 2. c. 13). Tales son, en el primero, las santas Tecla, Zenaida y Filonila convertidas por San Pablo. Dicese que Santa Zecla, habiendo sido librada de los suplicios á los que le habia condenado el tirano, se retiró cerca de una montaña del territorio de Seleucia, y que las otras dos, habiendo pasado á la Tebaida, fijaron su morada en una gruta cerca de Demetriades. Por las actas de Santo Eudoxia, martirizada en tiempo de Trajano en Heliópolis, cerca del monte Líbano, se ve que habia ya entonces monasterios de uno y otro sexo por los contornos de esta ciudad. San Telesforo habia sido anacoreta antes de ser sublimado al sumo Pontificado. San Epifanio dice del herege Marcion que abrazó el estado monástico en su juventud y despues se pervirtió.

En el segundo siglo se cita á San Fronton, que tenia bajo su cargo á cerca de setenta religiosos, y se retiró en el desierto de Nitria, en donde edificó un monasterio; á Santa Parascetes, oriunda de una aldea del territorio de Roma, que distribuyó sus bienes á los pobres despues de la muerte de sus padres y vistió el hábito monástico; á San Narciso, obispo de Jerusalem, quien, siendo calumniado, abandonó su iglesia y se retiró al desierto; á Santa Eugenia, virgen, que se convirtió á la fe y, para mejor ocultarse, vistióse de hombre y se presentó á San Heleno, obispo de Heliópolis en Egipto, el cual la bautizó y la metió en un monasterio de hombres, en la que brilló tanto su piedad que, despues de la muerte del abad, fue colocada en lugar suyo hasta tanto que, habiendo declarado su sexo, por una razon que interesaba á la gloria de Jesucristo, formó una comunidad de Virgenes, y padeció finalmente el martirio.

En el tercer siglo, se cita á San Nicon que pasó del estado religioso al episcopado, sin dejar por esto la profesion monástica, y sufrió el martirio con 199 de sus religiosos; á los ascetas de quie-

nes habla Origenes *contra Celso*; á santa Teodota, martir en tiempo de Alejandro, la cual habia vivido en un monasterio. Tambien se citan las actas de San Galaccion, que dicen que Onufre monge convirtió á su madre Leucippe; y que habiendo este santo, juntamente con su esposa Episteme, abandonado el mundo, se retiraron, el uno en un monasterio de hombres cerca del monte Sinaí, y su muger en una pequeña comunidad de virgenes, terminando luego su vida con el martirio. Citase asi mismo á San Moisés martir, quien en el año 233 se retiró al desierto de Raíthe, donde habia ya solitarios; á San Pansofo de Alejandria, que vivió veinte y siete años en el desierto despues de la muerte de su padre y murió por la confesion de la fe; á San Abibo, diacono y monge, quien sufrió en la misma persecucion que San Pansofo; á los Santos Victoria y Anastasia, mártires, que habian servido á Dios en un monasterio de virgenes; á San Leon de Pataro, tambien monge y martir; á San Denis, de quien se dice haber sido monge antes de ser elegido Papa; y á muchos otros que pueden verse en Bivario y Bulteau que los ha recopilado en un solo artículo.

Pero este último, despues de haber citado esta larga lista de santos monges y de virgenes, que se meten en la órden monástica, muestra las dificultades que se objetan ya sobre la verdad ya sobre la antigüedad de sus actos, y nos hace desear pruebas más convincentes de la sucesion que estos ejemplos parecieran demostrar al principio. Hay que convenir, sin embargo, en que no son del todo inútiles y en que, aun cuando no podamos apoyarnos en ellos como en sólidas pruebas, añaden algunos grados de probabilidad á otras razones en las que se apoya esta sucesion.

Baillet nos proporciona una en la vida de San Marcos. « Es cierto, dice él, que en tiempo de San Marcos habia muchos cristianos á quienes el deseo de vivir más perfectamente que el comun de la gente inducia á retirarse en los campos de las cercanias de Alejandria y á morar finalmente en pobres casas, orando, meditando las sagradas Escrituras, trabajando con sus manos, haciendo absti-

nencias de muchos dias consecutivos y no tomando alimento hasta despues de la puesta del sol. »

Estos fervorosos cristianos eran sin duda del numero de aquellos á quienes se dió el nombre de *ascetas*, esto es, *ejercitantes* ó *combatientes*, á causa de su ardor por ejercitarse en el combate de la vida espiritual. Pero si estos *ascetas* no son diferentes de los monges, he ahí la cuestion de la sucesion monástica plenamente decidida; porque nadie duda el que hubiera, desde el principio, *ascetas* en la Iglesia. Origenes habla de ellos de una manera muy positiva y los ejemplos de los mismos son tan frecuentes en la historia eclesiástica que no se puede disputar sobre esta materia.

Ahora bien: hay muchas razones para creer que estos ascetas eran verdaderos monges. 1º La significacion de su nombre, que con justicia se aplica á los monges. Porque si los ascetas son llamados asi porque se les miraba como atletas espirituales que se ejercitaban generosamente en el combate de las pasiones y en la práctica laboriosa de las virtudes, no de otro modo hablaron de los monges los santos: « Ellos deben, dice Casiano, ceñir sus lomos como soldados de Jesucristo siempre prestos para el combate. » (Inst., l. I. c. 2.) Y San Benito en su regla dirige tambien la palabra á los monges. A vosotros, quienesquiera que seais, es á quienes me dirijo al presente, los que renunciandoos á vosotros mismos, quereis combatir bajo la enseña de Jesucristo vuestro rey, y que por esto tomais las fuertes y brillantes armas de la obediencia. » (In proæm.)

En segundo lugar, los monges han sido llamados indiferentemente por los Padres griegos *terapeutas* y *ascetas*, como lo nota un docto comentador de Casiano. (Gasæus in col. 18.) San Basilio llama á sus tratados sobre la conducta de los monges, *reglas ascéticas*, y á sus monasterios *moradas ascéticas* justificándose de lo que le echaban en cara por haber dado curso al estado monástico en la Capadocia: « Se nos acusa, dice él, de tener ascetas ardientes por la piedad, que han renunciado al mundo. » (Pis. t. 63.)

En tercer lugar, los ejercicios de los ascetas fueron constante-

mente los mismos que los de los monges. Vivian en gran retiro; ayunaban dos ó tres dias seguidos, y aun semanas enteras; observaban la gerofagia, comiendo alimentos secos, como nueces, almendras, dátiles, etc. Guardaban la continencia, llevaban cilicio, dormian en tierra, velaban mucho, leian asiduamente la sagrada Escritura y oraban con frecuencia. Tales eran los ascetas, segun Fleury. (Costumbres de los crist. 2, p. n. 21.) Pues, siendo esto asi, no se ve que los monges del tiempo de San Antonio viviesen de otro modo.

Además, la diferencia que quiere establecerse entre los *ascetas* y los monges, no consiste sino en que aquellos se alejaban poco de las ciudades, y aun algunos vivian en su recinto, encerrados en casas, al paso que los monges habitaban los desiertos. Pero esta diferencia en nada cambia el estado; no forma más que una circunstancia accidental que nada prueba menos que una distincion de estado. Asi que Fleury nota que, cuando estos fervorosos cristianos abandonaron las inmediaciones de las ciudades para internarse más en el desierto, ya no se les llamó simplemente *ascetas*, aun cuando llevaran la misma vida, sino que se les llamó monges, esto es, solitarios ó ermitaños, que vale tanto como habitantes de los desiertos. No hay aquí, pues, sino un nombre diferente que se empezó á dar á las personas del mismo estado; y hasta, como ya lo hemos observado, se les dió desde entonces indiferentemente el nombre de *monge* y de *asceta*.

Añadamos á esto, que esta distincion, que Fleury hace, no es del todo segura; puesto que los autores de la historia monástica, hablando de la ciudad de Oxirinca, nos la representan como un solo y grande monasterio, á causa del gran mimero de monges que allí habia. Ved ahí, pues, á monges reconocidos por tales, que no habitaban en los desiertos.

Esta es una parte de las pruebas que se aducen ordinariamente para establecer la sucesion del estado monástico desde los Apóstoles hasta San Antonio el Grande. Esto puede hallarse detallado más circunstanciadamente en los que han hecho disertaciones ex-

presas para sostener este sentimiento, que no puede negarse ser verosímil, aun cuando tope con grandes dificultades, No entraremos aquí en este debate, no proponiéndonos sino edificar con la relacion de las virtudes de los solitarios.

Lo que parece más cierto, sin entrar en ninguna disension de los dos sentimientos que dividen á los sabios en esta materia, es : 1° que si el estado monástico estuvo en vigor antes de San Antonio el Grande, solo se sostuvo en la oscuridad ; mientras que desde este santo, apareció con brillo en la Iglesia, tanto por el prodigioso número de los que lo abrazaron cuanto por sus eminentes virtudes y por los dones maravillosos con que Dios favoreció á muchos ; 2° que aun cuando no hubiese habido monges, tal como estos se entienden en el más riguroso sentido, esto es, cristianos que se hubiesen retirado en los desiertos, ó solos ó formando un cuerpo de comunidad, antes de San Pablo, San Antonio y San Pacionio, puede decirse que el estado de los ascetas, que en todos tiempos ha existido en la Iglesia, debe ser considerado como el ensayo y el bosquejo del estado de los monges que recibieron los últimos rasgos de su profesion, morando en los desiertos ; 3° ¿ no podria añadirse á esto que antes de San Antonio habia un hábito monástico, puesto que San Palemon, más antiguo que él, aunque de muy poco tiempo, revistió con él á San Pacomio, lo cual prueba que él tambien estaba revestido del mismo, sin que por otra parte se pruebe que él fuera el que lo instituyó ? 4° Tambien puede decirse con verdad que antes de que San Pacionio formase sus comunidades, habia solitarios que vivian juntos, y quizás en bastante gran número, como puede conjeturarse de la historia de los monasterios de Chenobosco y de Moncosa, como se verá en la vida de este Santo. De todo esto podria concluirse que si los historiadores eclesiásticos no han hablado antes de San Antonio del estado monástico, como lo han hecho despues, es porque los primeros monges no tuvieron los dones extraordinarios que Dios se dignó comunicar con tanta abundancia á San Antonio, á San Hilarion, á San Pacomio y á tantos otros ; y que siendo, por otra parte, en pequeño

número, hacian demasiado poca sensacion para ocupar un lugar distinguido en la historia de la Iglesia.

III

Arnaud d'Andilly, en su discurso sobre las *Vidas de los Santos Padres de los desiertos*, procuró particularmente demostrar que estas vidas pueden ser muy útiles, *no solamente á las personas religiosas, sino tambien á las seglares*. Aduce sus razones algun tanto demasiado largas para que nosotros las reproduzcamos enteras ; pero he ahí algunas lineas de su conclusion que nos parecen aplicarse mejor aun á nuestro tiempo de lo que se aplicaban al suyo.

Despues de haber mostrado muy bien que el conocimiento de estas santas vidas encierra un atractivo y enseñanzas que convienen á todo el mundo, añade :

« Creo que estas vidas de tantos penitentes y solitarios serán todavia más útiles á este reino, en el siglo en que vivimos, de lo que lo han sido en España, hace cerca de ocho cientos años, cuando empezando la lengua latina á no estar ya allí en uso comun, viendo los sacerdotes católicos los frutos de piedad y de gracia que estas agradables vidas producian en los espíritus, las tradujeron al árabe con la sagrada Escritura y los libros de la *Ciudad de Dios* de San Agustin ; porque asi como el fuego nunca es tan necesario como en la violencia de los más rigurosos inviernos, asi tambien los ejemplos de las grandes y extraordinarias virtudes jamás son más útiles que cuando el mundo está lleno de grandes vicios. Y aun cuando estos ejemplos no sean de personas que viven todavia, sino muertas ya desde hace muchos siglos, sin embargo, como las reliquias de sus cuerpos, bien que reducidos á ceniza, tienen todavia una virtud divina que hace milagros, y sus mismos retratos sirven algunas veces por la gracia de Dios para la conversion de los pecadores, asi tambien la historia de su santa vida, que es una de las más preciosas reliquias que de ellos nos quedan, y la imagen de la hermosura de su alma que es inmortal, puede atraer las ben-

diciones de Dios sobre el espíritu y el corazón de los lectores por la virtud que el Espíritu Santo ha impreso en aquellas antiguas y maravillosas obras de su gracia, y por el poder de la intercesión de esos grandes santos para con aquellos que les invocan leyendo sus vidas. »

Vamos á terminar esta introducción citando una página de la *Imitación de Jesucristo* sobre las virtudes de los santos Padres de los desiertos. (L. I, c. 18.)

« Poneos á la vista el ejemplo de los santos Padres, que fueron vivas imágenes de la perfección y de la santidad religiosa y hallareis que todo cuanto hacemos es poco ó casi nada.

« ¡ Ay ! ¿ qué es nuestra vida si la comparamos con la suya ?...

« ¿ Cómo vivieron esos santos Padres de los desiertos ? ¡ Cuán grande fué su austeridad y su desnudez de todas las cosas ! ¡ Cuán grandes y molestas tentaciones sufrieron ! ¡ Cuántas veces fueron atormentados por los demonios ! ¡ Cuánto fué el fervor y la asiduidad en sus oraciones, el rigor de su abstinencia, y su ardiente zelo por adelantarse en piedad ! ¡ Con qué valor se declararon á sí mismos la guerra para domar todas sus viciosas inclinaciones ! ¡ Cuán pura y recta fué su intención, por la que jamás consideraron sino á solo Dios !

« Trabajaban de día y oraban durante la mejor parte de la noche ; y hasta mientras trabajaban, su espíritu no cesaba de orar.

« Empleaban útilmente todo el tiempo. Las horas les parecían demasiado cortas para aplicarse á Dios y hasta olvidaban las necesidades del cuerpo. ¡ Tanto era lo que el amor de la contemplación les embelesaba con sus atractivos y su dulzura !

« Renunciaban todas las riquezas, dignidades y honores ; renunciaban á los amigos y á los parientes. Nada deseaban de todas las cosas del mundo ; apenas tomaban lo que era necesario para la vida ; y hasta cuando se veían obligados, por una necesidad inevitable, á sujetarse al cuerpo, no podían entregarse á esta servidumbre sino con dolor.

« Eran pobres de bienes de la tierra, pero ricos en gracias y virtudes.

« Todo les faltaba en lo exterior ; pero interiormente estaban llenos de los dones y consolaciones del Cielo.

« Vivían como extranjeros sobre la tierra ; pero eran los más queridos amigos del Salvador. Pasaban por nada en su propia estima y en la del mundo ; pero eran preciosos á los ojos de Dios y queridos de él como verdaderos amigos suyos.

« Vivían en una sincera humildad, en una sencilla obediencia, en una caridad y una paciencia perfectas, y de este modo adelantaban todos los días en la vida del espíritu y estaban llenos de gracias.

« Esos son los modelos que Dios há dado á todas las almas puras y religiosas ; y su ejemplo debe ser más poderoso para enervizarnos en el bien, que el de un tan gran número de tibios para relajarnos. »